continuadas virtudes. Murió el de 1619, de edad de 68 años, los 50 de Compañía y los 33 de ellos profeso de cuatro votos; y aunque está enterrado en nuestra Iglesia de Tepotzotlán donde murió en los breves días que allí estuvo, pero por haber vivido mucho tiempo en el Colegio de México, escribimos su vida entre los varones que en él están sepultados y esperan resucitar en la gloria.

CAPITULO XXIII.

Vida y excelentes virtudes del P. Alonso Guerrero, ejemplo del menosprecio del mundo y Patrón del insigne Colegio de la Compañía de Jesús de México. Año 1639.

§ I

De la nobleza y riquezas que tuvo en el siglo el P. Alonso de Guerrero.

Habiendo escrito de los admirables frutos que se han seguido de la fundación del insigne Colegio que en la gran ciudad de México fundó la Compañía, y habiendo hecho mención de señalados varones que con sus letras y eminencia de virtudes lo ilustraron, tiempo es ya de escribir aquí la vida, ejemplares y heroicas virtudes del que no solamente ilustró este grande Colegio con ellas, sino que siendo nieto de su insigne fundador y heredero de sus muchas riquezas y patronato, lo aumentó y prosperó en bienes temporales, y finalmente, en él se dedicó y consagró á Dios y remató el curso de su santa vida, después de haber dado en todo el Reino de la Nueva España raros ejemplos de virtud. Este fué el P. Alonso de Guerrero, que desde el punto que renunció las riquezas y honras de nobleza que gozaba en el siglo, y se acogió al sagrado de la Religión de la Compañía de Jesús, en ella fué un dechado y ejemplar de menosprecio de la vanidad del mundo. Y aunque es verdad que la vida de este santo varón, poco después que murió, salió impresa en México, donde era muy conocida no sólo su nobleza, sino los ejemplos de virtudes con que edificó esta gran ciudad y patria suya, y después sacó á luz esta misma vida el P. Eusebio Nieremberg al fin del cuarto tomo de sus varones claros; pero eso no obstante, nos hallamos obligados á ilustrar esta historia con los esclarecidos ejemplos de sujeto tan principal de ella, por haber sido nieto del fundador del dicho insigne Colegio de México y heredero de su patronato, y después humildísimo súbdito que lo edificó con el ejemplo de su santa vida, la cual no habemos referido antes de las que atrás quedan escritas, atendiendo al tiempo de su dichosa muerte.

Y porque la virtud de este noble caballero comenzó desde sus juveniles años, y viviendo en el siglo en casa de sus padres, daremos principio por los ejemplos de nobleza cristiana que dió en ella, porque cuando esa se junta con la humildad que predicó Cristo Nuestro

Señor, y se profesa en la Religión, quedan la una y la otra, más esclarecidas y levantadas de punto, como lo escribió el Doctor Máximo de la Iglesia, San Jerónimo, del nobilísimo monje Pamachio, á quien llama: *Humilitate sublimemque*, con la humilde profesión de monje había sublimado su esclarecido linaje.

Nació, pues, el P. Guerrero en la insigne ciudad de México, de padres tan calificados en nobleza, cuanto son conocidos y estimados en esa ciudad los linajes de los Guerrero y Villaseca, el uno paterno y el otro materno, y entrambos tenidos por muy nobles. Y aunque el uno y otro fueron siempre muy ricos de bienes temporales, y el paterno fundó sus mayorazgos, sin otras muchas haciendas y posesiones que tuvo, por el materno que por parte de su madre heredaba el P. Alonso Guerrero del muy noble caballero Alonso de Villaseca, su abuelo y fundador de nuestro Colegio, fué mucho más poderoso, como dejamos escrito en los capítulos tercero y cuarto del libro segundo de esta historia, donde tratamos de la fundación insigne de este Colegio. Crióse D. Alonso Guerrero con muy grande virtud y recogimiento, porque su padre D. Agustín Guerrero era muy temeroso de Dios, y deseoso de que sus hijos se aficionasen á la virtud desde sus tiernos años, cuidaba de darles ayos de muy buenas costumbres, y de que estudiasen, como lo hicieron en este Colegio, hasta la Retórica, en la cual D. Alonso salió muy aventajado, porque siendo de natural muy compuesto y noble, aun después de haber dejado los estudios, buscaba ejercicios de letras y otros honestos en que ocuparse. El aparato y lucimiento de su persona en vestidos ricos, criados, libreas, jaeces de sus caballos, todo era grande. Lo uno, porque tenía con qué sustentarlo; lo otro, porque corría por cuenta de su padre, el cual era de ánimo tan magnífico, que tenía por honra y gusto particular que no hubiese quien en este aparato exterior se le igualase ó aventajase á sus hijos.

Y para que se entienda lo que D. Alonso Guerrero renunció cuando vino á la Religión, se añade á lo dicho, que su padre para que su hijo pudiese hacer mayor ostentación de su calidad y riqueza, le tenía señalados cada año cuatro mil pesos de cierta renta particular, para que los gastase y dispusiese de ellos á su voluntad. Pero el mancebo noble fué siempre tan medido y compuesto, que de sólo un real no había mal empleado ni aun lo gastaba en cosas indiferentes, sino en limosnas y otras obras del servicio de Nuestro Señor. Testigo fué de esto el devotísimo P. Bernardino de Llanos (cuya santa vida escribimos adelante), que fué Maestro de Retórica de D. Alonso Guerrero, y con quien trataba las cosas de su alma, y por cuya mano corrían las buenas obras que había de hacer; y escribiremos aquí una por ser de harta edificación y devoción. Entraba este noble mancebo un sábado por la tarde en nuestro Colegio, en tiempo que se cantaba la Salve de la Virgen Santísima, como se usa en nuestros estudios, asistiendo todos los estudiantes con mucha solemnidad de música, de voces é instrumentos. Agradado D. Alonso Guerrero de la celebridad tan devota, preguntó que quién daba limosna para sustentar aquella Capilla, y entendiendo que aquello corría por mano del P. Bernardino de Llanos, luego se le ofreció á dar cuanto fuese necesario para Misas y Salves de Nuestra Señora, y desde aquel punto hasta que entró en la Compañía, cumplió ésta su oferta con grande liberalidad y

puntualidad. Tales obras como ésta, y otras semejantes, eran en las que gastaba este caballero la abundancia de riquezas que Dios y sus padres le daban; no en las profanidades y vanidades viciosas en que otros mancebos desbaratados las suelen desperdiciar.

Echaba bien de ver su padre de D. Alonso Guerrero cuán bien empleaba su hijo lo que dejaba á su disposición y le ponía en las manos, con que determinó fiarle mayores cantidades de bienes y riquezas. Porque habiendo quedado, por muerte de su madre, la herencia de las gruesas haciendas del riquísimo caballero Alonso de Villaseca, determinó entregárselas á sus dos hijos, D. Alonso Guerrero y D. Juan Guerrero, para que las administrasen. La que le cupo á D. Alonso, hermano mayor, fué una riquísima mina de plata en el Real que llaman de Pachuca, que le rendía por aquel tiempo cada año, horros más de sesenta mil pesos de plata, y aunque esta prosperidad no duró siempre, por la variedad de metales que se suelen encontrar en las minas, pero bien se deja entender la grande suma de plata que cada año entraba en poder y tenía á su mano este noble mancebo, la cual administraba con tanta virtud y cordura, que siendo amado y estimado de todos en la muy noble é insigne ciudad de México, también le tenían por ejemplo de virtud, nobleza y compostura en todo el Reino. Y de todo lo cual también se saca cuán heroica fué la renunciación de bienes y tesoros de este caballero cuando entró en la Religión.

§ II

De la singular vocación con que Dios Nuestro Señor llamó á la Compañía á D. Alonso Guerrero, y la grande edificación que causó su entrada en ella.

Hallándose en la grandeza y riqueza que dicho queda, y ocupado en los ejercicios de caballero tan compuesto y noble D. Alonso Guerrero, quiso Dios Nuestro Señor atajar las máquinas que su padre trazaba en su corazón, y las esperanzas que se podía prometer de las partes de nobleza y prosperidades de riquezas que gozaba su hijo; porque se sirvió la divina Bondad de tocar y trocar el corazón de D. Alonso Guerrero con una tan vehemente vocación, para que renunciando los bienes terrenos de que gozaba, buscase los celestiales y eternos, acogiéndose á la Religión de la Compañía de Jesús; que entrándose un día de repente por las puertas de nuestro Colegio (del cual él era patrón), y llegando al aposento y presencia del Padre Maestro Pedro Díaz (que había quedado por Vice-Provincial por ausencia del Padre Provincial Rodrigo de Cabredo, que había salido á la visita de la Provincia), le habló con tal determinación en la pretensión con que venía de quedarse en nuestra casa, que apenas le daba lugar la fuerza de la divina vocación que le traía, á que diese un día de término para consultar la ejecución de acción tan no pensada y grave, en que se ofrecían no pequeñas dificultades. Primera, que la Compañía no debía recibir á este caballero sin consentimiento de su padre por excusar pleitos con persona á quien reconocía particulares obligaciones. La segunda, porque convenía dar parte primero al Padre

Provincial, para recibir persona de tan singular calidad en la Compañía, especialmente que había orden de N. P. General de que no se recibiese en ella el que fuese fundador ó patrón de algún Colegio, sin esperar la resolución de su Paternidad, y D. Alonso Guerrero era patrón del Colegio de México. Aunque aquí fué particular providencia de Dios (como después veremos) que el Padre Vice-Provincial no tenía noticia de esta orden. Habiéndole, pues, propuesto las dificultades que aquí se ofrecían al pretendiente D. Alonso Guerrero, su respuesta fueron estas palabras: «Padre, yo vengo á este Colegio para no salir de él, que no me da Dios más lugar ni me consiente más tardanza; su Majestad quiere que yo le sirva en la Compañía, y manda que esto sea luego: Vuestra Paternidad no ha de ser contrario á lo que Dios quiere; y así, yo no he de salir de esta casa ni he de dormir esta noche sin que consiga este mi intento.» Tan grande como ésta era la fuerza de la divina vocación que traía á este caballero á la Compañía. Pero, finalmente, habiéndole representado el Padre Vice-Provincial que tenía necesidad de consultar este negocio con el Padre Provincial y Consultores de Provincia, la última respuesta del pretendiente fué que esperaría un solo día, y que si en este término no conseguía su deseo, vería qué otro medio podría tomar para librarse de la apretura en que Dios le ponía, y corresponder á la divina vocación.

Habiendo despedido con su última respuesta á D. Alonso Guerrero, el Padre Vice-Provincial comunicó con sus Consultores lo que había pasado, los cuales, habiendo conferido este negocio, su última resolución fué, que se diese parte al Virrey de este caso, porque S. E. podía hacer buen oficio en allanar las dificultades de tanta importancia que en él se ofrecían, en especial con D. Agustín Guerrero, padre del pretendiente. Valiéndose de este medio el Padre Vice-Provincial, dió cuenta de todo á S. E. el Marqués de Salinas, Virrey de la Nueva España, D. Luis de Velasco, que después fué Presidente del Consejo Real de Indias, Príncipe muy afecto á la Compañía, el cual, habiendo oido al Padre Vice-Provincial y las circunstancias del caso, la respuesta prudente y discreta que dió, fué ésta: «nuevo se me hace, Padre, que se ofrezca duda en lo que se me propone; ese Colegio adonde se acoge D. Alonso Guerrero, no es suyo? no es él su patrón? ¿pues cómo le puede nadie estorbar que se vaya á su casa? ¿por qué se le ha de cerrar la puerta, cuando él se quiere entrar por ella? y su padre cierto es que se lo estorbara, pero por eso será más discreción y prudencia prevenir su sentimiento, para que cuando quiera estorbar una acción como ésta, no pueda.» Con esta razón y respuesta tan cuerda del Virrey, y con el seguro de que corría por cuenta de S. E. reprimir el sentimiento del padre del pretendiente y satisfacer á sus quejas, se determinó en la consulta que se admitiese en la Compañía á D. Alonso Guerrero. Resolución fué ésta de la cual, dando después parte al Padre Provincial, respondió que se alegraba mucho de lo sucedido, porque en este caso y modo con que se había ejecutado, hallaba mucho de Dios; porque si como esto se resolvió en su ausencia, se hubiera tratado en su presencia, ni lo dispusiera así, ni lo podía hacer por la orden que tenía de N. P. General (de que no había tenido noticia el Padre Vice-Provincial) en que encargaba seriamente su Paternidad que no se recibiese ninguno en la Compañía que fuese patrón ó fun-

dador de algún colegio ó que tuviese derecho á heredar mayorazgo, sin que primero se avisase á Roma y de allá se esperase la respuesta, y que pues lo que había sucedido era con tan singulares circunstancias, N. P. General lo aprobaría y juzgaba que Dios con su particular Providencia había dispuesto aquel recibo y entrada en la Compañía, para muchos buenos fines del divino servicio y el principal el de la salvación de D. Alonso Guerrero; como en efecto sucedieron y se irán viendo en esta narración, en la cual es forzoso dilatarnos algo por las singulares circunstancias que en ella concurrieron y fueron anuncio del alto grado de perfección para que escogía y sacaba del mundo Dios Nuestro Señor á este principal caballero. Y es de notar que si en su vocación concurrieron las singulares circunstancias que habemos referido, no fué menos digna de ponderación la que concurrió en el modo con que D. Alonso Guerrero dispuso la ejecución de su entrada en la Compañía. Porque pasado el día de treguas que para consultar dió al Padre Vice-Provincial, luego á otro día hizo aderezar el mejor caballo y de fama de los que tenía en su caballeriza, y él se compuso y adornó como si hubiera de ir á algún paseo ó célebre fiesta y regocijo, y aguardando á la hora del mediodía, cuando sabía que después de comer estaban los Padres juntos en la hora de recreación, subiendo á caballo y con el acompañamiento de criados que solía traer, sin dar parte á persona de su casa se encaminó á nuestro Colegio, de que él era patrón, y apeándose y dejando los criados en la portería, se fué derecho al puesto donde estaba la comunidad y el Padre Vice-Provincial, y sentándose, dijo esta razón: «Ya yo vengo para quedarme acá, mi casa es la Compañía, que yo no he de volver á casa de mi padre.» Viendo esto el Padre Vice-Provincial (que ya había resuelto en la consulta el recibirle), hizo traer una pobre ropa de las que usamos de paño pardo, y despojándose D. Alonso con grande alegría de la capa y aderezo rico que traía, se vistió aquella ropa, y con ella, y con la llaneza de cualquier Hermano nuestro, abrazó á todos los de la comunidad que allí estaban, por una parte, admirados de ver una resolución tan rara de caballero tan noble, rico y estimado en el mundo, en renunciar tesoros de riquezas que en él tanto se estiman; y por otra, alegrísimos del sujeto y ejemplo de virtudes que Dios Nuestro Señor para mucha gloria suya traía á la Compañía. El Hermano Alonso Guerrero envió luego recado á sus criados que le estaban aguardando ignorantes de lo que pasaba en la portería; mandólos que llevando su caballo de diestro, se volviesen á casa y dijesen á su padre que él se quedaba, y que ya era de la Compañía. Los criados, oido este recado, derramaban lágrimas de sentimiento del caso y suceso no pensado, y cuando le avisaron de él á D. Agustín Guerrero, padre del Hermano Alonso, fué tal su sentimiento, que apenas se puede explicar con palabras.

Sabida en la gran ciudad de México la entrada de este caballero en la Compañía, comenzó desde luego á causar, en unos, admiración, y en otros, edificación de obra y mudanza tan señalada, porque veían un mancebo en la flor de su edad, noble, con grande prosperidad de riqueza, joyas, arreos, criados, caballos (que los tenía los mejores del Reino, y de que gustaban los Virreyes de servirse en regocijos y fiestas públicas), estimado de todos, y que de repente, no haciendo caso más que si fuera un poco de basura (como después lo mostró toda su

vida) de lo que en el mundo tanto se busca y estima, y buscar con tantas ansias la pobreza y humildad de Cristo; acción fué ésta que con razón causó admiración, no sólo en la insigne ciudad de México, sino en todo el Reino, porque en muchas partes de él tenía posesiones y grandes haciendas D. Alonso Guerrero. También fué rara la resolución y presteza en obedecer y corresponder á la voz y llamamiento de Dios de este caballero, porque antes no se había sabido que tuviese tales pensamientos, y así se conoció que luego que oyó voz interior divina se rindió á obedecerla y ponerla por obra, con tanta diligencia que no admitía la dilación de un solo día. Y si con razón ponderan los Doctores sagrados la resolución y presteza con que el Apóstol San Mateo, en oyendo la voz de Cristo Nuestro Señor luego la obedeció y siguió su escuela, dando de mano á sus haberes, rentas y riquezas, que por ventura no eran tantas, ni tan bien avenidas como las que poseía D. Alonso Guerrero; por la misma razón y por la presteza con que las renunció este caballero, parece que podemos decir que su resolución fué muy parecida á la del sagrado Apóstol, y también podemos decir que fueron muy parecidas estas dos vocaciones, en que si al santo Apóstol le llamó Cristo para que le siguiese y profesase la perfección evangélica, para esa misma sacó Dios de casa de su padre á nuestro D. Alonso Guerrero, y no sólo causó admiración en el Reino su repentina mudanza de vida y entrada en la Compañía, sino también grande edificación, viendo en este caballero un vivo ejemplar que enseñaba á menospreciar los bienes de la tierra, y buscar los celestiales y eternos. Y voz fué muy repetida en la gran ciudad de México y de su nobleza cuando después vieron por muchos años (como después diremos) al P. Alonso Guerrero, humilde súbdito en el Colegio que su abuelo había fundado y de que él era patrón, y con tanta grandeza había vivido en el siglo, y le veían tan contento con su humildad y religiosa pobreza, decían: que el P. Guerrero continuamente les estaba predicando del menosprecio del mundo.

§ III

De los ejemplos de virtud que dió en el noviciado de Tepotzotlán, y su extremada renunciación de padres y parientes.

Recibido en la Compañía, se partió el Hermano Alonso Guerrero á Tepotzotlán, adonde desde luego comenzó á amoldarse á los ejercicios de la Religión, como si toda su vida los hubiera profesado, y no queriendo que se usase con él particularidad ó privilegio (aunque había tantas razones para ello), sino vivir como los demás novicios. Y porque echó de ver que por la estrechura de la casa vivían dos ó tres juntos en un aposento, él, aunque estaba hecho á vivir en salas muy adornadas y amplias, quiso y pidió, con mucho contento, vivir como los demás en un aposento pobre y estrecho con compañero, dando grandes ejemplos de virtud á los demás novicios, y obligándolos con su puntualidad á que se extremasen en tenerla en todos los ejercicios de la Religión.

Y porque entre las demás virtudes que resplandecieron en este re-

ligiosísimo varón (de las cuales después más en particular hablaremos), una fué por extremo señalada, la cual le duró toda la vida, pero porque comenzó desde este tiempo, trataremos aquí de ella. Esta fué la que enseñó Cristo Nuestro Señor que había de ser la primera del que había de seguir su escuela, con aquellas palabras: *Si quis venit ad me et non odit patrem suum et fratres et sorores, non potest meus esse discipulus.* Aprendió esta doctrina el P. Alonso Guerrero de su Maestro Cristo que lo había llamado á la Religión, de suerte que todos los que le conocimos y tratamos, reconocimos en él un olvido y despego de padre, hermanos, parientes y deudos (siendo muchos principales y nobles), y que así los tenía renunciados como si no los tuviera en el mundo. Su padre siempre vivió sentido de la extrañeza con que le dejó, que él llamaba crueldad: y deseara mucho este caballero que su hijo el P. Alonso le viese algunas veces y le comunicase con alguna afabilidad y continuación. Mas el siervo de Dios estuvo siempre tan en sí, que sin faltar á los oficios y reconocimientos naturales de hijo, y al respeto que á tan principal persona debía, le trató tan á lo extraño, que jamás quiso saber ni tratar con él ni del estado de su rica hacienda, ni quiso tener noticia de cosas domésticas ni de los sucesos de los suyos (que por ser un linaje muy grande y muy extendido, es cierto habría muchas causas de que la naturaleza podía engendrar deseo de tener noticia) sin preguntar jamás ni saber qué suceso tuvo tal pleito, qué fin tal pretensión, qué corte se dió en tal ó tal diferencia que habría entre los del linaje. De todo estuvo tan ajeno, que totalmente lo ignoraba, y algunas veces los que le hablaban, suponiendo que había tenido noticia de estos sucesos, hablaban de la justicia ó injusticia de ellos, ó de las conveniencias y comodidades que habían resultado, y como no les salía á ello, echaban de ver con admiración y confusión propia que totalmente los ignoraba. Y lo que á este propósito entre los de la Compañía se solía ponderar mucho, era que con ser el Padre tan retirado y estar en el continuo recogimiento y soledad de su aposento, parece que adivinaba ó que Dios le revelaba cuando le venía á ver algún pariente suyo ó alguna otra persona grave, porque se prevenía de suerte que aunque le buscaban por mucho tiempo en la casa, no le podían hallar. Y como fueron varias las veces que esto sucedía, dió curiosidad á algunos de saber dónde se escondía, y adonde con advertencia, le vieron algunas veces salir de algún rincón del coro que está detrás del órgano ó de alguna capilla donde se recogía para gozar de su inmunidad contra la violencia que se hacía á su propósito de vivir olvidado y despegado de todos. Pero aunque el Padre vivía tan escondido, era imposible que lo estuviesen sus virtudes, por las cuales muchos deseaban comunicarle; entre estos fué uno el Marqués de Cerralvo, Virrey de la Nueva España, muy aficionado y devoto de la Compañía, que como gustaba hablar de cosas espirituales, teniendo noticia del retiro con que vivía el P. Guerrero y lo que había sido en el siglo, le envió á rogar le viese en Palacio, y el Padre, aunque contra su inclinación y gusto, hubo de acudir al mandato de este Príncipe. Hablóle el Virrey aquella vez y confirmóse en que era así todo lo que había oido del P. Alonso Guerrero; rogóle mucho que tuviese por bien el comunicarle, y que así las veces que le llamase, se llegase á Palacio. Como el Padre era tan cortesano, no osó mostrar repugnancia á este ruego del Virrey, y así fué la segunda vez que

le avisaron: mostró S. E. haber quedado con gusto de lo que en materia de espíritu oyó al Padre, y así tercera vez envió á llamarle. Ya entonces debió de cogerle este tercer mandato tan reprendido de su conciencia, que anteponiéndola á la autoridad del Virrey, le dijo que le perdonase, porque él se había acogido á la Religión por dedicarse á Dios sin estorbos ningunos, y que su Majestad le había hecho favor de concederle un grande amor á la soledad y al retiro de todo lo visible, y que aunque interesaría muchas ganancias en el trato tan espiritual de S. E., le parecía que disminuía del propósito que había tenido de vivir retirado y olvidado de todos: y tales fueron las cosas que supo decir en esta materia, que el Marqués, condescendiendo con el Padre, dijo que posponía el gusto y provecho de su conversación á la observancia de sus buenos propósitos, y así no le volvió á llamar.

Con este género de renunciación de padres, parientes, deudos y personas del siglo, dió principió y conservó todo el tiempo de su vida religiosa el P. Alonso Guerrero, desde el punto que entró en el noviciado. Acabado éste, á los dos años hizo sus votos de religioso y juntamente dispusieron los Superiores, que ya que no hacía la profesión solemne de cuatro votos hasta su tiempo, que recibiese luego los Sacros Ordenes, hasta el del sacerdocio, para que su hermano menor entrase en el mayorazgo, que á él como mayor le pertenecía si se quedara en el siglo. Todo lo cual al P. Alonso Guerrero, como quien tan deveras había dejado cuanto había en el mundo, le fué de mucho consuelo, y con el mismo, ordenándolo así los Superiores (de cuya orden nunca se supo apartar), vino á México á decir su primera Misa, y aquí fué cuando su padre D. Agustín Guerrero quiso asistir, reconociendo ya que aquella mudanza que veía en su hijo mayor era obra del Altísimo con que se debía conformar. En este su Colegio se quedó el P. Alonso Guerrero á cursar las artes y Teología, en que salió tan aprovechado, que después pudo leer, como leyó en estos estudios cátedra de Filosofía. También supo las Matemáticas y aprendió las lenguas griega y hebrea, y todo con universal aprobación y ejemplo de virtud y religión, así cuando era discípulo como Maestro, y no sólo á los de casa, sino también á los de la ciudad, que se admiraban de ver tal ejemplo de virtud y humildad en el que habían conocido tan rico, tan estimado, tan abundante de bienes en el siglo. Estando el Padre en este su Colegio, se le llegó el tiempo de hacer su profesión de cuatro votos y juntamente la renunciación jurídica de todos los bienes de su madre (que ya era muerta) y de su riquísimo abuelo Alonso Villaseca le pertenecían. Y porque en esta renunciación se manifiesta la que el P. Alonso Guerrero tuvo de carne y sangre y parientes de que habemos tratado en este párrafo, escribiremos aquí de ella. Y fué así, que como desde el punto que este religiosísimo varón se había ofrecido á sí mismo á Dios, juntamente en su ánimo, le había ofrecido todo cuanto poseía en el mundo. Perseverando, pues, en esa misma universal renunciación, cuando llegó el tiempo de hacerla solemnemente, sin exceptuar nada de lo que le pertenecía ni acordarse de padre, hermano ni pariente (verdad es que tenían bienes temporales con mucha suficiencia), todos los que tenía y derechos á ellos los renunció el P. Alonso Guerrero en la Compañía sin dar lugar á mudanza de este su propósito. Y fué éste de suerte que si de parte de la Compañía, en la cobranza de estos bienes, se trataba de algunas convenien-

cias (como se hicieron y no pequeñas) por respeto de su padre y hermano, en tratando de esto con el P. Alonso Guerrero, su respuesta era que él no tenía nada en el mundo, que ya había dado á Dios lo que tenía, que la Compañía cobrase lo que era suyo. Tan deveras como esto renunció este verdadero discípulo de Cristo, cuanto tenía en el mundo, por abrazarse con la pobreza evangélica que ese Señor predicó. Y de los bienes que renunció, parte le cupo á la Casa Profesa, parte al noviciado de Tepotzotlán, y la mayor al Colegio de México, de que él era patrón.

§ IV

Del retiro y recogimiento que á sus solas guardó en la religión el P. Alonso Guerrero.

Al olvido y despego de padres y parientes que guardó desde que entró en la religión el P. Guerrero, juntó un retiro y recogimiento de sus potencias, cual le pudiera desear el solitario más apartado á los desiertos, aunque esto no faltando á los ejercicios de caridad con los prójimos que en la Compañía se profesan, y cuando en ellos le ponía la santa obediencia. Y de este su retiro referiremos aquí algunos señalados ejemplos. Viviendo en el Colegio de México, sucedía algunas veces haber venido á él algunos Padres de las misiones ó de otras partes distantes de la Provincia, y después de haber estado muchos días y aun algunos meses enteros en casa, y casualmente los encontraba el Padre en algún tránsito, y como era tan cortesano y tan comedido, teniéndolos por recién llegados y por cumplir la regla que da licencia para abrazar á los que van ó vienen de camino, se llegaba á darles la bienvenida, y sabiendo de ellos el tiempo que había que estaban en casa, se echaba á sí la culpa de no haber sabido de su venida el humilde Padre. Una vez que venía por la calle se llegó un hombre sin conocerle á preguntarle cómo se llamaba el Padre Rector de uno de los Colegios más cercanos de donde vivía, y el Padre se halló tan embarazado, que se echó de ver que no sabía quién era el Rector por quien le preguntaba, y así se remitió á su compañero, y varias veces hizo lo mismo en ocasiones en que le preguntaban dónde vivía tal ó tal Padre. Lo que más espantó fué, que habiendo venido flota ó navío de España en que vinieron los pliegos del gobierno y se abrieron, cuidó tan poco de saber quién era Superior de tal casa ó Colegio, que nombrándole después de algunos meses al Padre Prepósito de la Casa Profesa, y haciéndosele cosa nueva que el Padre que le nombraron fuese Prepósito, se echó de ver que en todo aquel tiempo no había caido en su pensamiento saber qué mudanzas había habido, siendo así, que estas cosas son de las que aun cuando no se preguntan, se suelen saber. De que se infiere cuán ajeno estaba de saber cosas que suele buscar la curiosidad; y respecto de esto, no hará novedad que una vez llevándole á firmar un caso de conciencia que iba ya firmado de otros, haciéndose en él mención del Vicario General de la Sede vacante, preguntó si era así que en aquella Diócesis había Sede vacante y Vicario General, cosa que causó admiración al Padre que le llevaba el caso, por haber sido muy controvertida la ausencia del Arzobispo y que había durado mucho tiempo el tratarse de ella. Y á este tono se pudieran referir otras cosas que pasan dentro de casa, que á no ser tan retirado el P. Alonso, las había de saber. De que puede ser ejemplo lo que pasó, habiendo hecho Ordenes en el Colegio de México un Prelado, que viniendo de España se aposentó en él, de camino para su Obispado, y siendo tiempo de ordenar á nuestros estudiantes del cuarto año, el Obispo quiso hacer este oficio, y en tres días festivos (conforme al privilegio de la Compañía) celebró dentro de casa Ordenes; sucedió, pues, que después de algunos días, vió el P. Guerrero á uno de los Padres recién ordenados, á quien él tenía por Hermano que se sentó juntó á él en la mesa, y reparando en ello preguntó después de haberse levantado, que cómo aquel Hermano se sentaba en el lugar de los sacerdotes, y sabiendo con esta ocasión cómo ya no era Hermano, fué con su acostumbrada caridad y cortesía á besar la mano á aquel Padre y á los demás que en aquella ocasión se habían ordenado, disculpándose de no haberlo hecho antes porque no lo había alcanzado á saber. Estas son demostraciones con que se prueba cuán atento estaba el Padre á sí mismo, y cuán poco cuidaba de las cosas que aunque fuesen domésticas no estaban á su cargo, y demostraciones nacidas de aquel retiro á solas con su Dios. Porque si no era á cosas de obediencia ó visitar los enfermos de casa, jamás salía de su aposento, ni se supo que hablase á alguna persona fuera de la quiete ó recreación, y aun en ella (para que se eche de ver cuán consideradamente procedía en todas sus cosas) se hubo con esta diferencia de tiempos que guardó. Desde que entró en la Compañía las palabras que hablaba en la quiete eran pocas, aunque se alargaba más si eran espirituales y de Dios. Pero pasado tiempo, sucedió que 12 ó 13 años antes que muriese, padeció una enfermedad de dolor de costado tan terrible, que le puso en el último de la vida, y escapó de ella con el favor de Nuestro Señor. Y desde entonces se le notó que aunque todos los días iba á las quietes á cumplir con la regla de la comunidad, pero excusaba el hablar, si no era preguntado, y entonces respondía con suma brevedad. Y con esto, no se podía dejar de notar (aunque en el semblante no mostraba tristeza ni sinsabor) la respuesta á los que le preguntaban la causa, que era muy conforme á su mucha humildad: «que él echaba de ver su ignorancia y que no podía hablar delante de gente tan sabia, y que así quería más aprender de otros, á los cuales se alegraba notablemente de oir, que mostrar hablando su corto caudal.» A algunos otros á quienes respondía más seriamente y descubriendo lo que pasaba en su corazón, decía que cuando en aquella enfermedad había estado tan al cabo, ninguna cosa le remordía más la conciencia que algunas palabras que había hablado, y que así escarmentado, él quería la recreación que la Compañía pretendía en la quiete, emplearla en oir lo mucho bueno que decían los demás y excusaba los remordimientos de conciencia que le causaba su poca advertencia en el hablar. Con todo esto, aún se estrechó más en esta materia, porque dos ó tres años antes que muriese, pidió licencia á los Superiores para no ir á quiete, y aunque le oyeron las varias causas que pudo tener en esta determinación, lo que juzgaron los Padres graves fué, que se quiso privar del gusto que tenía en oir hablar á los demás, y mortificándose en esto, vivir más retirado y á solas con Dios. Porque ya se sabía que cada año de los ejercicios que solía tener en tiempo de